

Cuentos del paraíso de las islas

11

03 Don Borondón el Babilónico

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 04/03/2023

Número de páginas: 21

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

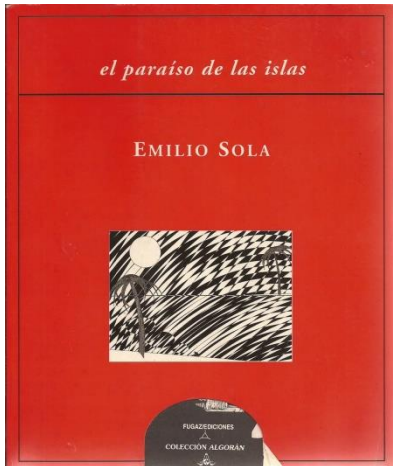
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

08

03 Don Borondón el Babilónico



“Don Borondón el Babilónico” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte del protagonista, Son Borondón el Babilónico o Sargón el Antiguo, o Borondón el Antiguo, como también se le llamó, en el año 52 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

11-01, 11-02, **11-03**, 11.04 y 11-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

<p>EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.</p> <p>2.- DON BORONDON EL BABILONICO.</p> <p>2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.</p> <p>2.2.- ¡Salud, amigos!</p> <p>2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.</p> <p>2.4.- Don Borondón y la luna llena.</p> <p>2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.</p> <p>2.6.- La construcción de la plataforma circular.</p> <p>2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.</p> <p>2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.</p> <p>2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.</p>	<p>2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.</p> <p>2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.</p> <p>2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.</p> <p>2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.</p> <p>2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.</p> <p>2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuín Norodín.</p> <p>2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Tittina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta</p>
--	--

<p>Gracia. La muerte de los jóvenes griegos Constantino y Melina.</p> <p>2.17.- Días de junio del Antiguo encerrado en la plataforma.</p> <p>2.18.- La luna llena de julio, la música y la muerte de don Borondón.</p> <p>2.19.- La gran pileta de plástico y cerámica dorados.</p> <p>2.20.- El amanuense interpola de nuevo: la luna de don Borondón.</p>

2.11.

95

Aquella luna creciente transcurría como un suspiro. En el mes de mayo comenzó a llegar gente a la casa; no había día en que no llegara alguien. Las reuniones tras la cena cada día que pasaba eran más animadas, historias del este, de las islas, de otras costas. “Vais a tener que hacer curas de sueño cuando pase mayo”, comentaba en ocasiones el Antiguo. Las computadoras habían tenido que trabajar a tope a causa de la avalancha de peticiones para pasar un tiempo en la casa de don Borondón; habían combinado, como siempre, deseos y afinidades; el resultado estaba allí. Leila y el equipo formado al efecto tuvieron problemas a la hora de fijar puntos de referencia para dormir -luego se encargaría la gente de saltárselos a la torera cuando gustasen-, sobre todo en lo tocante a las agrícolas. Siempre había sucedido así. En cuanto Erick Andersen se sentía incómodo ante alguna presencia en sus salas habituales, se iba a dormir al naranjal; en tiempos anteriores, después de una bronca, más recientemente sólo malhumorado. Si, por el contrario, quien fuera le caía bien, no había problema ninguno. La primera noche de mayo Erick se fue a dormir a la plataforma. A Leila le extrañó pues no había enviado a nadie a dormir a las agrícolas; luego observó que, enviaran a quien enviaran a dormir a las agrícolas, Erick dormía cada noche en la plataforma.

Fito Naser y Lavinia Plonka, hijos de Leila Naser y de Nadia Plonka, nacidos ambos en casa de don Borondón y a punto de terminar el programa básico unificado, eran los dos responsables del pabellón infantil. Las casas de los niños o pabellones infantiles habían constituido todo un éxito; incluso habían reducido el tiempo de dependencia de la madre y acelerado el proceso de integración en el grupo. El joven Cristi-

no Paulov había incorporado a sus estudios demográficos el asunto. Cristino había vivido la experiencia de la casa de los niños pues en una de ellas se había desarrollado su infancia; la mayoría de los niños eran incorporables al pabellón infantil un par de meses o tres después de comenzar a caminar y a los cinco años, más o menos, eran capaces de aceptar responsabilidades de utilidad para el grupo. A los seis o siete años podían comenzar a hacerse cargo de atenciones a los más pequeños, dirigir juegos de grupo, coros, creación colectiva, etc. Y así hasta la pre-adolescencia, pues la realización del sueño de la incorporación a la casa de los mayores y luego al mundo de los adultos comenzaba entonces. El temor a que la casa de los niños evolucionara poco a poco hasta convertirse en un modelo remozado de los antiguos internados -todavía abundantes en el norte y en el interior, según algunos viajeros-, hizo que se alentaran los viajes con la madre, pero sin que fuera en absoluto coercitiva -nada podía ser así- la medida. Fito Naser, por ejemplo, cada vez que Leila le invitaba a acompañarla, se informaba bien del itinerario, gente con quien podría encontrarse en el viaje, centros de producción o trabajos que estuvieran realizándose en esos lugares y que pudieran interesarle, entre otros extremos por el estilo; si el balance era positivo para él -tardaba de dos a tres días en pensárselo- acompañaba a su madre; si no, no. El caso de Lavinia Plonka era más significativo; sólo había acompañado a su madre en un viaje, aunque había realizado otros con grupos de niños invitados a casas de niños, y luego se había negado sistemáticamente a viajar con Nadia pues, según decía, se encontraba mejor en su lugar; más aún, cuando tres años atrás Nadia había dejado la casa de don Borondón para formar parte de un grupo que montaba un centro odontológico en Túnez -la odontóloga Nadia había sido la que con mano maestra adaptara el colmillo verde del padre del cuchillo a la dentadura de Ahmed Pujol, convirtiéndole en el hombre de los cinco caninos-, Lavinia había rogado a su madre y a la gente de la casa de don Borondón que la deja-

ran terminar su programa básico unificado allí, que se sentía en su piel en aquel lugar, en su casa. Y nadie había visto inconveniente en ello.

Bastantes años atrás, cuando Miriam María estaba aún allí y era, aunque niña, la ayudante insustituible de Erik Andersen en los trabajos agrícolas, había llegado en un poderosísimo auto turbo diesel un viajero del norte con un perro negro y un niño de unos cinco o seis años, tímido, poco hablador -conflicto de lenguas, sobre todo, y tal vez soledad-, con cartas de tierras del interior para don Borondón y para otros que por entonces habitaban en la casa, como Pepita María, madre de Miriam, y Nadia Plonka, que acababa de dar a luz a Lavinia semanas antes. El niño se llamaba Miguel, aunque su padre -pues su padre debía de ser aquel hombre- le llamaba normalmente Saigo y había contado una historia vaga e incompleta sobre su nacimiento en alta mar; le instalaron en el pabellón infantil y Miriam María se hizo cargo de él -precoz tutoría, naciente instinto maternal- de inmediato y con placer. El niño Saigo no había recibido muchas atenciones particulares, lo que se notaba en su carencia de una lengua definida y fija, ni tenía un vestuario adaptado a sus necesidades; con frecuencia era su atuendo único una camisa de su padre, para él túnica de hecho, malamente ceñida a la cintura, y unos bañadores elementales, casi primitivo taparrabos, con los elásticos muy dados de sí de viejos. En principio habían pensado quedarse en la casa de don Borondón tres días, pero la petición insistente de los niños, a la que Saigo se había unido con timidez al final, y hasta de los mayores de la casa, hizo prorrogar la continuación del viaje unos días más. Durante aquella semana, con los cuidados de Miriam María, cada día el niño Saigo ganaba en vitalidad; había aprendido el nombre de infinidad de plantas y árboles, corría detrás de Erick y Miriam -Erick sólo manifestaba malhumor en contadas ocasiones, y no contra el niño sino contra el perro Michel, como le decían, pronunciando a la española y no a la francesa, cuando hozaba más de lo debi-

97

do en algún rincón del jardín- y se había manifestado muy sensible a la vida de grupo en la casa de los niños. El día previsto para la partida todos los niños se pusieron de acuerdo, y Saigo feliz con la idea, en esconderle bien -fue en las agrícolas, bajo el camastro de Erick y sin que éste lo supiera- y decirle a su padre que Saigo quería quedarse en la casa de don Borondón con ellos, que a la vuelta de su viaje podría recogerle de nuevo, que allí estaba a gusto con ellos y ellos con él. El hombre del turbo diesel poderoso quería llegar a la tumba de Antón Dolores antes del verano; temía los calores de la región. Después de mucho insistir, los niños lograron su objetivo; el hombre descargó el diminuto ajuar del niño Saigo -un cestito de mimbre mediado de harapos-, confió los papeles personales de éste a don Borondón y prosiguió el viaje solo con el perro negro Michel, guardián y compañía. Nunca después llegaron noticias de aquel extraño viajero -su itinerario previsto parecía poco claro y lo modificaba a capricho según los días, recordaban en la casa-, salvo una breve carta a su hijo dos años después desde un punto alejadísimo de la tumba de Antón Dolores, mucho más al sur del desierto. Erick Andersen le había comentado a Miriam María que desde el primer momento había visto en los ojos de aquel doberman la tonalidad roja asesina, que era mejor que aquel hombre y su perro negro hubieran desaparecido para siempre. "El rapto de un niño turista", como se le llamó a aquel caso, se comentó mucho durante algún tiempo. Y a Saigo Newman le habían considerado, desde entonces, como nacido allí, en la casa de don Borondón.

Saigo Newman llegó a la casa del naranjal poco antes de la luna llena de mayo y al día siguiente llegó Miriam María. Erick Andersen le cedió su catre al joven Saigo, carpintero ya, pues definitivamente pasaba las noches en la plataforma y no pensaba -se lo había hecho confesar Leila Naser después de reiterados intentos de conversación- en todo el verano abandonar por las noches el naranjal. Miriam María se instaló

también en las agrícolas. Antes que ellos habían llegado otras gentes; muchos procedían del este, como Irina Ivanova y Constelación Muñoz, otros de la zona de la gran muralla verde, como algunos Hamuines o Simón el Mago... En otras casas vecinas de aquel tramo de costa se había instalado mucha gente más. 99

La luna llena de mayo que todos esperaran y que a tantos convocara, llegó majestuosa al fin.

2.12.

Todo el día se lo pasó el Antiguo hablando de la libertad. En torno a la plataforma, cerca de la playa, Simón el Mago y dos de los Hamuines -Warda y Norodín- preparaban los corderos y un terreno para las hogueras para el mesuú de la noche, un asado tradicional de su región muy apreciado. Por las eróticas y la terraza de la azotea desfilaba gente de la casa y visitantes y charlaban con don Borondón; éste terminaba de ordenar papeles, paseaba un rato o se acomodaba en la baranda de balaustres o se sentaba con alguno bajo las sombrillas de colores allí desplegadas y hablaba, hablaba... Hablaba de la libertad. De vez en cuando protestaba, comentaba -pero sonriente, lo cual era indicio de que no le molestaba en absoluto- que aquello era una agresión, que no respetaban su derecho al ocio, que le estaban exprimiendo, que tanto hablar y tan monográficamente -pues cada uno que llegaba terminaba orientando sus cuestiones hacia el mismo y como obsesivo asunto- le retrotraían a un tiempo lejanísimo de lecciones

magistrales, aulas, estudiantes, pasado profesoral que creía -deseaba- haber olvidado.

- 100 A Miriam María -acodados a la baranda, miraban al mar- le había glosado dos versos de un poeta antiguo: “la libertad se lleva dentro, como la luz, igual que las palabras”; no era posible, sin ella, comunicación plena con el otro, como no lo era sin la luz -”no le verías, tía”- o sin las palabras -”a pura caricia o cachetón sería posible, pero es tosca o demasiado simple comunicación”-, y esa luz y esos sonidos -como la música, como la libertad- existían, además, fuera de ti, hasta partículas pequeñas materialísimas, sobrevolaban el grupo, se le imponían, lo creaban...

Leila Naser hizo subir el almuerzo a la azotea; al cobijo de las sombrillas comieron muchos; otros lo hicieron en la playa o por el naranjal. Don Borondón hablaba y hablaba.

-Hay una antigua tradición que dice que un hombre puede viajar por donde lo desee contando con su riqueza, con su belleza o con su inteligencia. Si es rico, aunque no sea bello ni inteligente, puede; si es bello, aunque ni rico ni inteligente, también; si es inteligente -y más si es genial, culmen de la inteligencia-, aunque no sea ni bello ni rico, puede igualmente. Si es rico y bello, aunque no inteligente, o rico e inteligente, aunque no bello, o bello e inteligente, aunque no rico, mejor. Y si es bello, rico e inteligente no existen confines del mundo para él. Suprimamos el extremo “riqueza”, desbordado o destruido por la dinámica interna del grupo; a nadie se le dirá hoy “qué tienes” sino “qué sabes hacer”, y eso ha supuesto para nosotros -para vosotros, pues yo soy muy viejo y llegué tarde a este mundo aunque haya sido parte activa en su creación- supone una de las más hermosas revoluciones. Pues bien, suprimamos “riqueza” y quedan belleza e inteligencia... Te-

nemos entre nosotros, y todos le conocéis, a uno de los personajes menos inteligentes y bello que conozco, y sin embargo viaja; incluso puede viajar mucho...

101

Don Borondón apuró una copa de vino y encendió un cigarrillo. Algunos miraron a Erick Andersen y se sonreían; Miriam María le dio un beso en la mejilla mientras le decía algo al oído -"eso va por ti, compadre", muy posiblemente- y Erick enrojeció como una amapola.

-Sí, tenemos entre nosotros a Erick Andersen...

Erick se levantó, brusco, e hizo además de salir; sólo ademán, pues rápido cambió de decisión, se acercó a la mesa del Antiguo y le tomó un cigarrillo que encendió con ostentación mientras miraba al viejo a los ojos.

-Mi viejo amigo Erick que hoy me traiciona por primera vez al compartir con todos algo que era privativo mío, el gesto de fumar un cigarrillo mientras charlamos -Erick volvió a la mesa al lado de Miriam-, burro y terco, feo como un dolor de muelas o de parto...

-Se pasa usted, Antiguo -era Miriam María, mientras la gente reía distendida-. No es para tanto.

-Quería decir: belleza e inteligencia, esenciales en esa tradición antigua que comentaba, han pasado a ser algo accidental, anecdótico, puro adjetivo insignificante, al desaparecer uno de los extremos de esa tradición, al ser sustituida "riqueza" por "función", podríamos decir... y es sólo un decir. Puede afirmarse que hoy somos técnicamente más libres que en el momento en que esa bella tradición antigua nace. Ahí está el caso de nuestro amigo como ejemplo.

102

Después de la comida el Babilónico quiso despedirse de su camastrón - la gente se había ido-, pero no pudo dormir. Se entretuvo leyendo un rato una de las historias mediterráneas incluida en una antología que usaban los chavales en el programa básico unificado. Leila Naser cree que, en concreto, fue el capítulo VI del libro XXIV, correspondiente al año 1538, de la Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V de Prudencio de Sandoval, que narra una victoria naval de Barbarroja sobre Andrea Doria, aunque también podía haber sido el anterior capítulo sobre motines y alteraciones de soldados en la Goleta y en Sicilia. Muy bien podrían figurar esos dos capítulos en apéndice a estas notas que no son una total historia de la vida y hechos de don Borondón el Antiguo o don Sargón el Babilónico, o don Borondón el Babilónico, o etcétera. Realmente daría lo mismo.

A media tarde Leila y algunos más subieron a la terraza de la azotea para tomar un té con el viejo. Esta vez le tocó la china a Saigo Newman.

-Nunca podrás saber, joven Saigo, si aquel rapto del niño turista, como decían, fue una liberación para ti o todo lo contrario, si el hombre del perro negro te había de conducir hacia la felicidad o a su contrario. El futurible en estos casos es absurdo, pues “la realidad tal cual sea, dos puntos, plenitud”, como dijera un poeta antiguo; es así; el maktub de la antigua cultura islámica es y no es al mismo tiempo y da lo mismo.

-Soy carpintero y me gusta, Antiguo; puedo viajar solo, ya soy adulto.

-Lo sé. No sé si estabas tú, pero eso es lo que en aquella tradición que os comentaba a la hora de comer llamaban riqueza. Eres, por lo tanto, rico. Y guapo también, sobre todo hoy que tienes juventud; la juventud es belleza: por eso, para las gentes que acuñaron la susodicha tradi-

ción el viaje era asunto juvenil, a veces institución casi obligada en la época de la juventud; el viaje daba sabiduría, o eso se decía por lo menos, daba prestigio el poder narrar largos viajes en la edad madura. Durante el viaje todo estaba permitido... o casi todo, pues eso de matar siempre fue condenado..., aunque podía haber momentos en que matar pudiera ser razonable; acordaos de los viajes de Simbad el marino, por ejemplo. Por supuesto, la palabra prostitución podría sonar a algo absurdo, si conllevaba un sentido peyorativo o moralmente censurable, para un viajero que sólo contara con su belleza para realizar el viaje. En fin, joven amigo Saigo, no sé cómo andarás de inteligencia.

103

-Mucha reconozco que no tengo; me aburre leer y uso mejor las manos que la cabeza.

-Eso son tonterías. Creo que llegarás a sabio; tienes madera para ello y el grupo te arropará cada vez mejor si alguna catástrofe exterior nos sobreviene... que no lo quieran los cielos. La inteligencia conduce a la sabiduría. Un hombre inteligente es el que en su vejez es sabio.

Hizo una pausa el Antiguo y todos esperaron que continuase lo que ya era un monólogo. Encendió cigarrillo. Miró a la gente en torno y sonrió.

-De mí, viejo a caballo entre lo antiguo y lo nuevo, fumador y bebedor, algunos de vosotros quizá sabéis que hube de sacrificar en aras de mi libertad, que la considero también libertad ajena, hasta la normal expansión de mi instinto sexual convirtiéndome, desde tiempo inmemorial incluso para mí, en un decidido partidario de la masturbación primero, antes de que el padre del cuchillo vociferara por las islas, en un decidido masturbador después, cuando intelectualmente el ser partidario de la masturbación en aras de la libertad ya no tenía ningún sentido pues el grupo era otro... Había evolucionado de manera ejem-

plar hasta dejarme colgado ahí... Incluso ya no estoy seguro de que consigáis seguirme en este asunto.

104 -Yo no mucho, viejo, pero debe ser problema de inteligencia -intervino Saigo Newman entre divertido y confuso.

-Claro que no es problema de inteligencia, amigo, sino de edades. Y yo soy el Antiguo. Os diré de mí, y perdonad esta batallita, que en mis primeros contactos con la mujer la relación sexual se presentó en términos de agresor-agredida. Yo era muy joven y los tiempos muy difíciles. Cuando esta relación fue superada, apareció la posesión como reina y señora, con esa nueva manifestación agresiva que son los celos, verdadero infierno para tu expansión de ser libre. Por experiencia no muy amplia y por testimonio de buenos amigos y amigas, y todos conocéis a Arnoldo, supe que en la relación homosexual sucedía en la práctica lo mismo y comencé a convertirme en un excéntrico defensor a ultranza de la masturbación como salvaguardadora de la libertad. Cosas de la vida. Cuando el paraíso de las islas, que llamaban, comienza a perfilarse en sus nuevas formas de relación, este viejo Borondón está ya en su limbo y medita sobre el tiempo y la libertad. Y piensa que ésta se "hace" con el tiempo, se perfila, se mejora, o no, cambia, que la de su tiempo máximo de creación nada tiene que ver con la del tiempo del padre del cuchillo o con la del vuestro. Y que, en fin, la libertad te hace viejo sabio y eso es todo. Lo demás, anécdota chiquita y esperemos que cada vez más bella; un joven libre ha de convertirse en un anciano satisfecho, en un viejo feliz.

Atardecía. Llegaron los chicos de Spalato con Chito Gomes y los Hamuines -Warda y Norodín- con Simón el Mago. Todo estaba listo.

Los recién llegados a la terraza se sentaron un rato y los Hamuínas contaron algo de su gente. Eran ya numerosísimos y cada vez más mulatos que negros; como por atavismo o especial querencia volvían todos en su edad madura a la tierra de origen, cerca de la gran muralla verde, y aunque las mujeres Hamuínas tendían a tener hijos de gente exterior a los Hamuínas, los varones tendían a buscar una Hamuína. Esto, unido a la fertilidad asombrosa de sus hembras, había originado aquel crecimiento desmesurado de los Hamuínas. Era tal la fertilidad de las mujeres Hamuínas que los anticonceptivos más usados no les hacían ningún efecto y, a pesar de las precauciones normales, era frecuente la mujer Hamuína con dos o tres hijos. En los últimos años, sin embargo, los varones habían comenzado a salir de su grupo cada vez más jóvenes y a buscar mujer no Hamuína. El mismo Ahmed Pujol, en su viaje de visita a su padre Hamuín, había quedado fascinado por aquella tierra y gente y volvía allí en cuanto se le presentaba una ocasión. La chica Warda Hamuína era una belleza verdaderamente explosiva; el chico Norodín Hamuín, un chicarrón de casi dos metros, mirada franca y manos inmensas. Los dos de risa fácil, su sonrisa dejaba descubrir dientes blanquísimos y perfectos.

105

Poco a poco la gente fue descendiendo hacia el naranjal. Por la playa y la zona de la plataforma había grupos que charlaban o cantaban. Don Borondón -había recorrido con la mirada las eróticas y acariciado algunos lomos de sus libros, entre ellos el de cabritilla verde "La gran aventura"- descendió también. En el perchero de la puerta de la casa encontró el bubú blanco recién planchado y el bordón nudoso en el rincón de siempre. Durante un rato paseó en silencio por el naranjal y luego hacia la plataforma; muchos le saludaban a su paso, otros le miraban en silencio. Las sombras de la noche lo acariciaban todo. Las hogueras del mesuí, las luces de la plataforma y las instaladas en torno para aquella fiesta eran -con la esperada gran luna en su

orto que pronto había de aparecer- la única -demasiada tal vez- iluminación.

2.13.

Al orto lunar don Borondón lo recibió en pie en la plataforma, tras él los tableros de mando a modo de facistoles y el sillón retrete o trono peculiar. Como nube o atmósfera sutil suspendida sobre los grupos, un gran silencio -diríase que hubiera “pasado un ángel”- sólo fue interrumpido por algún esbozo de palabra de algún niño chico. La elevación del disco rojo después de un rojo atardecer y sobre el mar aún sobrecogía -gentes sensibles y civilizadas- e imponía ese silencio mágico y religioso que, desde toda la eternidad del hombre, los ritos antiguos sin duda reflejaran en sus elevaciones. Era un cuelgue absoluto aquel camino rojo-plateado que la redonda reflejara o dibujara sobre el mar. Camino que siempre conduce a ti mismo. Poco a poco volvieron la risa, el rumor y la palabra.

-¡Música, maestro! -dijo alguien, y don Borondón apretó un botón y sonó una samba.

Leila Naser entró en el círculo de la plataforma y le dio un beso en la mejilla al viejo. Miriam María la imitó; más efusiva, se le colgó al cuello y Simón el Mago tuvo que ayudar al Antiguo a quitársela de encima antes de volver a las hogueras del mesuí. Muchos desfilaron por allí; Constelación Muñoz, las dos chicas de Spalato -el chico Sergei estaba de guar-

dia en el control de mandos-, Fito Naser y Lavinia Plonka, entre otros niños, la exuberante Hamuína Warda, Chito Gomes -"¿Contento, ché?", le había dicho al viejo-, Saigo Newman, que no quería despegarse del abrazo, el joven demógrafo Paulov, mucha gente de otras casas vecinas, entre ellos dos hermanos, Aureliano y José Arcadio, gemelos, oriundos de lejanas tierras tropicales, de la legendaria Macondo. Hasta que el viejo se hartó. "Esto parece una despedida, tíos. Además, me estáis babeando las barbas demasiado". Pulsó un botón y un cigarrillo encendido quedó depositado en una bandejita a la derecha del sillón; pulsó un segundo botón y un vaso de vino servido apareció en la misma bandejita. El Babilónico se arrellanó en su trono de cerámica dorada. Sabía -quería- que ya no habría de traspasar los límites de aquel círculo mágico que era la plataforma. Estaba bien así. Así lo había planeado. Se sentía feliz. Toda la noche tuvo a la gente a salsa, samba, pasodoble y rumba.

107

"La gente tiene que ser feliz. Así, en general, la gente -don Borondón se perdía en el fondo del vaso rojo y en sus pensamientos divagatorios. La gente, así, en general, 'tiene que' estar condenada a la felicidad por el mero hecho de nacer. La materialización de ese 'tiene que' será el acto supremo de creación individual y colectiva, el reto máximo a esa facultad nuestra que han dado en llamar imaginación".

La chica Miriam María se acercó de nuevo a la plataforma -¿cuántas veces ya a lo largo de la noche?- para darle un beso al viejo y hacerle algún arrumaco.

-Besucona estás, hija.

-¡Ay, Antiguo! ¡Soy muy feliz! -le susurró la muchacha al oído.

-¡No me digas! ¿Así, en general, o pasa algo?

La chica Miriam multiplicó sus besos y risitas.

-Me estoy ligando al Hamuín.

Se la veía muy guapa aquella noche; un mínimo vestido de cintas rojas y negras unidas por botonadura metálica y que dejaba ver braguita roja, sus ojos claros encendidos y bellamente enmarcados por el kohl ennegrecedor, flores en el pelo y ajorcas abiertas con cascabeles en muñeca, antebrazo y tobillo. Don Borondón sonrió.

-¡Eres virgen aún?

-Si. Pero esta noche, en tu honor, quiero dejar de serlo.

En pocas palabras le explicó al viejo que había pensado en el verano, pero que al adelantar la fecha de su viaje largo del año y al verse allí, en la casa de su niñez, había cambiado de idea. Se lo había consultado a Erik y éste se había encogido de hombros, le había dicho que él no entendía de esas cosas, que hablara con su madre, y a continuación se había subido a un pino. Pero ella no necesitaba tutor o tutora para esas cuestiones. Se había topado con el Hamuín Norodín y le había caído bien; a la semana siguiente volvía a su región el chico, pero ella tenía buenos amigos en Alejandría para ayudarla en el caso de que se presentaran problemas de fijación. El Antiguo la interrumpió.

-¡Vale, tía! Te comprendo muy bien.

-¡Ay, Borondón! ¡Quiero ser muy feliz!

Le dio un último beso y salió corriendo, la alegría de sus braguitas rojas a la vista. Norodín la esperaba al pie de la plataforma y se perdie-

ron de la mano por entre la gente en fiesta. El Antiguo le dio a un botón y la plataforma ascendió a cinco metros. De los grupos, divertidos, allá abajo, aplaudían. Sonaba rumba.

109

Recordó el Babilónico unos versos suyos, o lo que fueran, de hacía mucho tiempo. “Cada resaca es nueva despedida / igual que cada polvo es vida nueva: / un día voy a suicidarme a pajas”. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Pulsó un botón y un vaso de vino servido apareció en la bandejita. “Fallo técnico —pensó—. No sé qué voy o van a hacer con tanto vaso vacío en sesiones como la de esta noche”. Apretó otro botón y un cigarrillo encendido apareció en donde siempre. “Y con tanta colilla. El entorno de la plataforma va a quedar convertido en un vertedero como no organicen un servicio de limpieza casi diario”. Fumó tranquilamente el pitillo y descendió de nuevo. Sonaba pasodoble. Mucha gente se había ido a bañar a la playa.

Leila Naser -estaba también muy guapa aquella noche, traje largo negro y ajustado de seda con abertura lateral hasta la rodilla y amplio escote triangular, pelo recogido en moño a la nuca y adornado con espejitos- traía de la mano a dos niños como de cinco años, un niño y una niña, con flores para el viejo, acompañada por Fito y Lavinia, cada uno con otro niño más pequeño de la mano.

-Una delegación que viene a despedirse, Borondón. Dicen que es tarde, que los mayores están muy tontitos esta noche y que se van a dormir.

-Buenas noches, Antiguo -habló Fito-. Lo hemos pasado muy bien, pero es muy tarde y mañana tenemos faena dura, ¿sabes?

-El mesú estaba muy rico -hablaba Lavinia-, pero era un poco fuerte para los más pequeños como cena.

-¡Hola! Y tú, ¿quién eres?

-Yo soy Pato y ésta Nica.

-Nica no, Ñica -precisó la niña.

-Y éste es Tomy y aquella Samia.

-Es muy pequeña, no sabe leer ni nadar.

Al Antiguo -se habían ido ya, hizo ascender de nuevo la plataforma por segunda vez en la noche se le llenaban los ojos de lágrimas. “¡Chochochochera, viejo!”, se había automaldecido. “Niña Nica, en tus labios la sabiduría más vieja de Atenas”. Lloró, no sabía si de felicidad o de insoportable nostalgia. Sonaba salsa, pero de la playa llegaban risas y vagos fragmentos de otras músicas. La gran luna había viajado mucho y no faltarían ni un par de horas para su ocaso detrás de la colina del naranjal. Hizo girar unos grados la plataforma para verla mejor. “Pozo blanco, reina de la noche...” Botoneó otro vaso y otro pitillo. Ya más calmado, descendió de nuevo.

-¿Te acuerdas del hombre del perro negro? -le preguntó Leila.

-Sí, claro; hace no más de doce o catorce años, me acuerdo.

-Pues estuvo aquí esta noche cosa de media hora. Llegó en su auto, muy viejo pero poderoso aún, y cenó con nosotros. Estaba avejentado, el pelo completamente encanecido, casi albino, y los ojos aún más hondos y encendidos que la vez anterior que le vimos. En un rostro tan huesudo y consumido, su mirada tenía algo de diabólico... Y no debe ser tan mayor el tipo.

Las dos chicas de Spalato pasaron a despedirse; se iban a dormir. “Estáis hermosísimas todas las mujeres esta noche”, les comentó el Antiguo, y ellas le besaron en la mejilla y se alejaron saltarinas.

111

-El hombre del perro negro supo, en el sur, de la fiesta en la casa del naranjal -continuó Leila Naser, el viejo perdida la mirada por la esplanada- y quiso acercarse hasta acá. Le dije que pasara a saludarte, pero me contestó que tenía prisa, que prefería que te saludara yo de su parte -Simón el Mago y Constelación Muñoz se acercaban charlando a la plataforma-. No trae el mismo perro negro Michel, sino otro más ceniciento al que también llama Michel, y a Saigo -se aproximaba también en ese momento a la plataforma charlando con Warda y Paulov- tampoco quiso saludarle; me preguntó quién era, se limitó a observarle desde lejos, se interesó un momento por sus cosas y se fue como había venido.

-Misterioso turista y extraño viaje -se limitó a comentar el Antiguo-. ¡Y Erick? No ha pasado en toda la noche por aquí.

-Pues bien cerca le tienes -intervino divertido Cristino Paulov-. Se ha subido a ese pino de tu derecha y no hay quien le convenza de que baje de ahí.

-Me ha dicho que nadie le moleste; piensa dormir esta noche en el pino, y yo me pregunto cómo -era Leila quien hablaba de nuevo; señaló a Saigo-. A éste le alcanzó su mal humor.

-¡Una tontería! Me acerqué a orinar y, sin esperármelo, me alcanzó un piñazo que pensé que me atarazaban el pito.

Rieron las ocurrencias del Andersen. Miriam María se acercaba con Norodín de la mano, materialmente a rastras.

-Cada día que pasa se parece más a su madre esta chica -comentó Constelación al verla.

112 -Cierto. ¿Qué es de Pepita María? -se interesó el Antiguo.

-Quería haber venido, pero a última hora tuvo que viajar a América por problemas urgentes de trabajo -explicó Constelación-. Está muy bien.

Miriam María se había acercado a besar -enésima vez en la noche- a don Borondón. El Hamuín, sin saber dónde descansar sus manos inmensas, había permanecido al pie de la plataforma.

-¡Vamos, tío, sube! ¡No seas tan cortado! -la voz de Miriam María se confundía con el suave tañer cantarín de los cascabeles y campanitas de sus ajorcas-. Es que no tiene confianza contigo, Antiguo.

Norodín entró en el círculo, sonriente y azorado, y saludó al Antiguo.

-¡Dale un beso, soso! -le animó la chica.

El Hamuín en una mejilla y Miriam en la otra -enésimo más uno de la noche- besaron al viejo. Este se arrellanó en el trono dorado. “¡Y bien, chicos?”, parecía preguntar con la mirada. Todos los presentes expectantes, la mulatez de Norodín al rojo vivo.

-¡Maravilloso, Antiguo! ¡Uno de los días inolvidables de mi vida! -Miriam miró, tierna, al azorado Norodín-. ¡Gracias, tío!

Se quitó una de las ajorcas más abierta y forcejeó hasta conseguir incrustársela en la muñeca al chico. La luna se acercaba a su ocaso. To-

dos se despidieron. Don Borondón hizo girar la plataforma hasta quedar frente a la colina por la que había de ocultarse, la ascendió y esperó con un cigarrillo a que desapareciera ella. Una vez desaparecida -sentía, aunque no los viera, los ojos de Erik Andersen clavados en él desde el pino cercano-, pulsó una orden y ascendió la lona. Hizo sus necesidades; sintió verdadero placer con el lavado automático calentito y el secado al vapor, ventiló, perfumó de ámbar, apuró su última copa de vino y se quedó dormido soñando que -había terminado la noche de los besos- se quedaba dormido soñando que...

113

~~2.14.~~

~~Don Borondón, con pocas horas de sueño, no se enteró del alba. Pero sí del estruendoso descenso de Erik del árbol, acompañado en su caída libre de crujir de ramas y gruñidos. Hizo recoger la lona y descender la plataforma a nivel del suelo.~~

~~-Perdone, Antiguo -se disculpó el Andersen-. Se me había caído la baretina.~~

~~Borondón botoneó un par de cafés e invitó al jardinero. Era media mañana ya. Echaron un pitillo en silencio contemplando el mar.~~

~~-Calma blanca -musitó el Antiguo.~~

~~Erik se dio una vuelta por los arriates, se despidió y se adentró en el naranjal. Había bastante gente por la playa, comuneros, visitantes y turis-~~

Sigue en 11-04-Don Borondón el Babiónico